

## LECCIÓN 29.<sup>a</sup> EL RECHAZO DE ISRAEL

### 1. Un rechazo con rebote

De la lección anterior se desprende que Israel según la carne ha sido rechazado sin ningún género de dudas. ¿Por qué? Israel como nación, mediante sus dirigentes y la gran masa del pueblo, rechazó tanto a Jesús como a su mensaje del Reino. Hasta el final el Señor estuvo llamando a un pueblo rebelde y contradictor (V. Rom. 10:21). Hasta sus últimos días Jesús se dirigió a sus compatriotas. No obstante, no se hacía ilusiones (contra lo que la teología liberal opina): sabía la respuesta de los «suyos», de los «hijos del Reino» según la carne y según las carnales pretensiones que abrigaban. De antemano no se le ocultaba la imposibilidad de ser aceptado por la nación judía en su intento de establecer un reino de moralidad y justicia, que hubiese llevado a los judíos a la conquista moral de Roma, como Grecia había conseguido la conquista artística y cultural. Esta presciencia, no obstante, de ningún modo debe suponer que Jesús fuese insensible al rechazo de su pueblo; nada más lejos de la verdad. El dolor que sintió ante esta repulsa fue muy vivo, como testifican los evangelistas (Mat. 23:37 y ss.), y aun en el momento de profetizar su destrucción se hace patente (Lúe. 19:42 y ss.).

Aunque debido a la naturaleza literaria de los Sinópticos, como señala G. E. Ladd entre otros, sea imposible reconstruir la cronología exacta o el orden de las etapas del rechazo de Jesús por parte de Israel, podemos afirmar que este rechazo se observa ya desde el principio del ministerio del Salvador. Así, deliberadamente, Lucas lo sitúa al comienzo de su Evangelio en Nazaret (Lúe. 4:16-30. Cf. Mar. 6:1-6) y hace notar los datos del cumplimiento mesiánico y del rechazo por Israel en los primeros días del ministerio de Jesús.<sup>8</sup> Marcos describe el conflicto que condujo al rechazo de los judíos, también desde el comienzo, y nos ha conservado unas palabras del Señor que probablemente contienen una velada alusión al final que sabía que iba a venir irremisiblemente: «Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces,...» (Mar. 2:20). Las razones de este rechazo son complejas, y no es nuestra intención estudiarlas aquí para no apartarnos más del tema que nos hemos propuesto. Pero, como han señalado algunos intérpretes, el conflicto entre Jesús y las autoridades judías gira en torno al Reino que Jesús proclamaba y que dichas autoridades rechazaron, así como en torno al arrepentimiento y la conversión que Jesús exigía y su Reino comportaba.<sup>9</sup> La proclamación del Reino y el llamamiento a la conversión fueron características del ministerio de Jesús desde el principio. Histórica y psicológicamente es comprensible y lógico que dicha oposición fuera creciendo desde sus orígenes al comienzo mismo de la misión de Jesús, alcanzando luego una progresiva intensidad que desembocó en la crucifixión.

Vemos, por lo tanto, un mutuo rechazo. Israel menosprecia el mensaje del Reino: y el Señor, a su vez, rechaza a Israel como pueblo de Dios: «el Reino será quitado a vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él» (Mat. 21:43).

Así la relación entre Cristo e Israel queda aclarada. El rechazo de Israel conducirá al juicio del año 70, profetizado por Daniel y recordado por el Señor en el sermón profético del Monte de los Olivos. Jesús considera al grupo de sus discípulos como el verdadero Israel, el remanente, el que prosigue la historia del auténtico pueblo de Dios a través de los siglos. De modo que podemos hablar de una ruptura entre Jesús a Israel, pero entendiendo por Israel el carnal —el que es «según la carne», como escribe Pablo en sus Cartas—, pero no entre Jesús y el Israel verdadero, que se prolonga en la vida y misión de sus discípulos. De este modo, los discípulos de Cristo vamos hacia adelante, hacia el cumplimiento de las promesas inherentes al Reino, mientras caminamos hacia la gran consumación final, cuando venga el cumplimiento definitivo.<sup>10</sup>

### 2. ¿Ha desechado Dios a Israel?

Es evidente que la misión de Jesús consistió en inaugurar un tiempo de cumplimiento profético, previo a la gran consumación escatológica. El Reino de Dios —cuyas bendiciones en plenitud nos parecen futuras— se ha introducido en nuestra historia a partir de Jesucristo. Por lo tanto, los que recibimos la proclamación del Reino somos considerados no sólo como el pueblo que heredará el futuro Reino escatológico, sino también como el pueblo del Reino en

estos últimos tiempos (ahora); y si somos el pueblo del Reino en el momento presente —dado que constituímos la Iglesia—, ello indica que las promesas mesiánicas se cumplen y seguirán cumpliéndose hasta la consumación escatológica en el nuevo Israel —el Israel de Dios como lo denomina Pablo—, es decir, la Iglesia. Los poderes del siglo venidero vienen, por anticipado, hacia nosotros, sin gozar aún de la plenitud del Reino; no obstante, estamos dentro de este Reino porque formamos parte del mismo; aún más, lo constituimos nosotros.

Meditando en estas cosas, el apóstol Pablo exclamó: «¿Ha desechado Dios a su pueblo? ¡En ninguna manera! porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham... (Rom. 11:1 y ss.).

Desde el principio Jesús se preocupó de sus compatriotas. Mateo 10 sigue a Marcos 6 y Lucas 9, para relatarnos una campaña de predicación, llevada a cabo por los Doce, limitada exclusivamente a las «ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. 10:6). No obstante, la nota de universalidad se halla siempre presente; incluso en esta misión durante el curso de la cual no tenían que ir a los gentiles. Así, Mateo inserta un pasaje que Marcos sitúa en el sermón profético del Monte de los Olivos (Marc. 13:9-13) y que anticipa la misión a los paganos. Los enviados de Jesús serán entregados a las autoridades, a los concilios, a los reyes, por su causa (Mat. 10:17; Mar. 13:9; Lúc. 21:12). Es dentro de dicho contexto donde Marcos ofrece el dicho del Maestro: «Y es necesario que el Evangelio sea predicado antes a todas las naciones» (Mar. 13:10). Mateo incluye una extensión de este versículo en su relato del mensaje del Monte de los Olivos: «Y será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mat. 24:14). Como escribe G. E. Ladd: «Esto no tiene que interpretarse como una profecía de la actual misión mundial de la Iglesia; sino que definitivamente anuncia una misión mundial llevada a cabo por los mismos discípulos de Jesús, es decir, sus contemporáneos.»<sup>11</sup> En efecto, como ya vimos en la exposición del mensaje del Monte de los Olivos, en el capítulo anterior, esta labor de expansión misionera fue llevada a cabo antes del año 70 (V. Col. 1:6,23; Rom. 1:5, 8; 10:18).

En su discurso misionero Mateo incluye una frase cargada de significado para el tema que nos ocupa: «De cierto os digo que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre» (10:23). Esta perícopa va más allá de la inmediata misión de los Doce, y contempla su futura proclamación en términos similares a los que conserva Juan 17:20: «No ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos» en todas las generaciones. O sea. Mateo 10:23 intenta decirnos que la misión de los discípulos de Jesús en Israel durará hasta la venida del Hijo del Hombre. Indica que, a pesar de su ceguera, Israel no ha sido olvidado por su Dios. El nuevo pueblo de Dios —el Israel de Dios— sentirá siempre, a lo largo de los siglos, una constante preocupación por Israel, hasta que el Señor vuelva.

Encontraríamos otras muestras del interés de Jesús por una misión a los judíos, tanto como a los gentiles. Por ejemplo, cuando derrama lágrimas por Jerusalén, y añade:

«Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mat-23:39). Esto anticipa el arrepentimiento de Israel. Cuando el Señor vuelva al final de la Historia para hacer juicio sobre las naciones, muchos israelitas se arrepentirán y darán la bienvenida a su Redentor, Salvador suyo y nuestro.

Una idea similar se halla implícita en un versículo que Lucas incluye en el sermón del Monte de los Olivos. Después de predecir la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo, Lucas cita estas palabras de Jesús:

«Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan» (Lúc. 21:24). Aquí también Jesús anticipa un tiempo intermedio entre la caída de Jerusalén y la parusía, que denomina como final o cumplimiento de «los tiempos de los gentiles». No existe unanimidad entre los exégetas y comentaristas de la Teología del Pacto acerca de una futura restauración literal del pueblo de Israel como nación convertida al Señor. Según algunos, este versículo —y otros, por ejemplo la sección de Pablo en Romanos 11— exigiría una futura posesión de Palestina, y de Jerusalén, por parte de los judíos convertidos, una vez que «los tiempos de los gentiles» hayan terminado. En cualquier caso, estos judíos, este Israel, no

tendrá nada que ver con la naturaleza agnóstica, descreída, del moderno Estado de Israel. Israel volverá al Señor en términos de cristianismo, no de sionismo.<sup>12</sup>

Lo que resulta obvio es que para todos los escritores del Nuevo Testamento el pueblo de Dios es en la actualidad la Iglesia, y que será así hasta que Cristo vuelva. Aunque «olivo silvestre» en un tiempo, ahora los gentiles que han pasado a ser miembros del Cuerpo de Cristo «han sido injertados en lugar de ellas» (las ramas naturales del olivo de Israel) y han venido a ser participantes de la raíz y de la rica savia del olivo, según el lenguaje alegórico de San Pablo (Rom. 11:17 y ss). Y observemos que si las ramas (Israel según la carne) quieren volver a ser pueblo de Dios, tendrán que ser injertadas de nuevo, pues ahora carecen de la raíz y de la rica savia del olivo que fueron antaño; mas «poderoso es Dios para volverlos a injertar» (Rom. 11:23). Ciertamente, al final serán injertados en su propio olivo (vers. 24) cuantos judíos se conviertan al Señor, pero de ello se sigue con lógica aplastante que, mientras tanto, no son pueblo de Dios, ni lo serán hasta que se arrepientan. Imaginar que puedan volver a cumplirse en ellos las antiguas promesas de los profetas del Antiguo Testamento, en virtud solamente de sus «méritos raciales», por el simple hecho de que son hebreos, hijos de Abraham, equivale al olvido de toda la enseñanza de Juan el Bautista, de Jesús y de Pablo sobre el particular; supone volver a la mentalidad de los fariseos del tiempo del Señor, regresar a un sionismo totalmente incompatible con el Evangelio que es capaz de hacer hijos de Abraham de las mismas piedras, y que rechaza la filiación basada únicamente en motivos de carne y sangre (Jn. 1:11-12).

Si hubo un apóstol racial y temperamentalmente judío, éste fue Pedro. ¿Hemos comprobado cómo habla él de los gentiles? «Los expatriados de la dispersión ("diáspora", término que designaba las colonias judías diseminadas por todo el mundo greco-romano, pero que aquí es aplicado a los cristianos gentiles) ... elegidos (otro término que el Antiguo Testamento aplica a los judíos creyentes)» (1.ª Ped. 1:1-2). Todavía más claramente: «Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios...», etc.; expresiones todas ellas que, hasta entonces, habían sido patrimonio exclusivo de Israel (1.ª Ped. 2:9). Y prosigue, con mayor claridad aun, si cabe: «vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (vers. 10). Inequívocamente, Pedro incorpora los gentiles al nuevo Israel que Cristo inaugura con su Reino; y es interesante notar que modifica ligeramente la cita de Oseas 2:23, dado que los lectores nunca habían sido antes pueblo de Dios, pero ahora lo eran. Tan estrecha y real es la vinculación de estos paganos convertidos al Israel de Dios que, sin vacilar, les escribe en estos tonos; «Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles...» (1.ª Ped. 4:3); ahora ellos ya no pertenecen a la gentilidad, sino al Israel de Dios, en quien las promesas mesiánicas están hallando cumplimiento, y mediante las cuales el Señor está formando su «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa...».

### 3. En pie de igualdad

«No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la Iglesia de Dios» (1.ª Cor. 10:32), escribe Pablo, colocando en pie de igualdad a los judíos, los gentiles y la Iglesia. ¿Dónde están las distinciones, y diferencias, dispensacionalistas? ¿Requieren esta clase de textos una lectura que recuerde constantemente (ya que no lo recuerda el texto mismo) que hay programas separados para los gentiles, los judíos y la Iglesia, amén de un arrebatamiento de ésta, y su total ausencia en las tribulaciones finales del mundo, antes de que Cristo vuelva? ¿Se apoyan en las Escrituras todas estas sutilezas pretribulacionistas y dispensacionalistas?

¿Tan distintos son los santos de la tribulación y los miembros del Cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia?

Tanto la Iglesia como estos santos que deberán sufrir la tribulación (sin ser Iglesia, de acuerdo con el esquema dispensacional) son un pueblo terreno (2.ª Cor. 5:1-4; 1.ª Ped 3:10 y ss.; Apoc. 18:24). Ambos pueblos son mundiales (Gal. 3:8-9; Apoc. 7:9) y ambos son, asimismo, celestiales (Fit. 3:20; Apoc. 7:15-17). Los dos pueblos son salvos por gracia y por la

sangre de Jesucristo (Ef. 1:7; Apoc. 7:14). Ambos son templo del Espíritu Santo (Hech. 1:8; 1.<sup>a</sup> Cor. 12:3; Mar. 13:11). Ambos tienen que esforzarse en guardar los mandamientos de Dios y retener el testimonio de Jesús (Jn. 14:21; Apoc. 1:9; 12:17; 14:12). Ambos son llamados santos (1.<sup>a</sup> Cor. 6:1-2; Apoc. 13:7; 14:12; 17:6; 19:8) y siervos de Dios (Rom. 6:22; 1.<sup>a</sup> Ped. 2:16; Apoc. 7:3; 19:2). Ambos están unidos al Hijo del Hombre (Mat. 24:30; 25:31; Hech. 7:56; Apoc. 1:13, 20) y ambos tienen sus nombres escritos en el Libro de la Vida (Fil. 4:3; Apoc. 3:5; 13:8; 17:8).

Si en todo son iguales, ¿por qué hablar de dos pueblos? ¿No es más lógico adoptar la actitud de los intérpretes de la Teología del Pacto que contemplan a un solo, y único, pueblo de Dios?

Walvoord afirma que la doctrina que uno sostenga acerca de la Iglesia, determina si la Iglesia habrá de pasar por una gran tribulación al final o se verá libre de ella.<sup>13</sup> En la página 16 de este libro dice que la doctrina sobre la Iglesia condiciona todo el problema, más que éstos o aquellos pasajes bíblicos que tratan del final de los tiempos. En la edición de 1957, Walvoord admitía que el meollo del sistema dispensacionista —es decir: el arrebatamiento de la Iglesia (o sea, una venida secreta del Señor para buscar a su Iglesia y llevársela consigo a los cielos antes de la tribulación final, que ella no tendrá que sufrir, etc.)—, el pretribulacionismo no se hallaba explícitamente enseñado en las Escrituras.<sup>14</sup> Las posteriores ediciones de este libro no llevan ya tan franca admisión de que el dispensacionismo no puede deducirse de manera directa y explícita de los mismos textos bíblicos, sino que se trata de un sistema superpuesto a la revelación bíblica. La esperanza de la Iglesia no es un «rpto», un arrebatamiento secreto, invisible a todo el mundo. La esperanza cristiana estriba en la aparición visible de la gloria de Dios en el retorno de Cristo (Tit. 2:13). La revelación plena, pública y universal, de Nuestro Señor a todo el mundo, cuando venga con sus santos ángeles (2.<sup>a</sup> Tes. 1:7).

Otro dispensacionista, en cambio, Payne, contradice a Walvoord, al afirmar que los estudiantes deberían ir primero a los pasajes que hablan del fin, y luego revisar toda su definición de lo que es la Iglesia.<sup>15</sup>

Pero ¿son la Iglesia e Israel dos realidades tan absolutamente distintas como sugieren los pretribulacionistas? Afirman que, siendo la Iglesia un «organismo celestial» —a la manera de los 144.000 «espirituales» de las disparatadas teorías de los «Testigos de Jehová»— y, en cambio, Israel un «cuerpo terreno», es imposible que la Iglesia se halle en la tierra en el tiempo de las grandes tribulaciones finales.

La Biblia, sin embargo, enseña que los santos del Antiguo Testamento albergaban en sus corazones una esperanza tan celestial como pueda serlo la nuestra (Sal. 49:15; Heb. 11:13-16), y que la Iglesia, a su vez, puede tener también esperanzas terrenas (1.<sup>a</sup> Ped. 3:10 y ss; Apoc. 2:26; 21:1 y ss.). Los santos del Antiguo Testamento eran creyentes nacidos de nuevo, guiados por el mismo Espíritu que habita en nosotros (Ez. 36:26-27), porque, según la Escritura, no puede haber otra clase de creyentes (Jn. 3:5, 7). ¿Es la Iglesia como una Novia? Novia fue también Israel, antes de rechazar al Mesías (Os. 2:20; 3:1-3). ¿Fue Israel una Esposa? También lo es la Iglesia (Apoc. 19:7). Tanto los santos del Antiguo Testamento como los del Nuevo encontraron salvación, por fe, en Jesucristo, y en nadie más (Heb. 9:15). Moisés formaba parte de «la Iglesia en el desierto» (Hech. 7:37-38), y a la misma Iglesia se la describe como «simiente de Abraharr» (Gal. 3:29) y «ciudadanía de Israel» (Ef. 2:12).

Un pretribulacionista, por muy radical que sea, admitirá que el derramamiento del Espíritu en Pentecostés (Hech. 2:16-21) fue un cumplimiento de las profecías de Joel 2:28-32, a pesar de que Joel no utilizaba la palabra «Iglesia» en sus mensajes. Ya sé que el hermano pretribulacionista nos dirá que el cumplimiento fue parcial —allá él; Pedro era de otra opinión (Hech. 2:16); yo me quedo con el criterio de Pedro—, pero aun así, parcial o total, es cierto que se cumplió algo que estaba anunciado por los profetas, y que este «algo» tenía que ver mucho con la Iglesia, a pesar de que Joel no la llamase por su nombre.

También habrán de admitir —y, generalmente, lo admiten— nuestros hermanos que el nuevo pacto predicho por Jeremías (31:31-34) se cumplió al pie de la letra en la Iglesia, según Hebreos 8:8-12; 10:16-17, y esto a pesar de que la promesa fue dada a «la casa de Israel» y a

«la casa de Judá». ¿Son realmente tan diferentes la Iglesia y el verdadero Israel?

Los pretribulacionistas insisten en que el vocablo «Iglesia» no aparece en ninguna de las escenas de tribulación en el libro de Apocalipsis. Pero no se dan cuenta de que tampoco aparece en ninguna de las escenas celestiales, en ningún versículo desde el capítulo 4 al 19. ¿Es que tampoco está, por consiguiente, en el cielo? ¿No es éste un literalismo absurdo? Los argumentos basados en el silencio son peligrosos.

Al comentar el capítulo 9 de Daniel, D. Pentecost —al igual que otros escritores pretribulacionistas— afirma que, dado el silencio que sobre ella guarda toda la sección, y como que no se la describe en las primeras sesenta y nueve semanas (de las setenta que presenta Daniel), ello debe llevarnos a la conclusión de que ya no estará en la tierra en la semana setenta de la gran tribulación final. Pero el hermano Pentecost no advierte que tampoco Daniel 9:24-27 dice nada de santos gentiles, que es lo que él pretende ver en el texto. Insistimos, pues, en que los argumentos basados en el silencio son de poco peso. Pero la cuestión básica es ésta: la Iglesia existía cuando Jerusalén y su templo fueron destruidos (Dan. 9:26) y no hay razón (ni texto alguno) para afirmar que Dios cortará la presencia de la Iglesia en el mundo antes de la tribulación.

El argumento del silencio suele aplicarse a Jeremías 30:7 («tiempo de angustia para Jacob»), que no menciona ni la Iglesia ni los gentiles. Al parecer, habría que llegar a la conclusión de que nacerán más gentiles que se llamen Jacob que miembros de la Iglesia que lleven dicho nombre. ¡Todo sea por el literalismo radical y por los argumentos basados en el silencio!

Como escribe McPherson, «Aparte del razonamiento bíblico, si los pretribulacionistas aman realmente a Israel y a los judíos, ¿por qué no quieren estar junto a ellos, para animarles en el «tiempo de angustia para Jacob», y regocijarse juntamente con ellos en el Señor? Por nada del mundo desearía perderme; ni siquiera por un rapto pre-tribulacional».<sup>16</sup>

«La doctrina del arrebatamiento pretribulacional secreto de la Iglesia —escribe otro autor— es realmente tan secreta, que la Iglesia nunca oyó tal cosa durante más de 1.800 años.»

Notas:

8. Véanse G. E. Ladd, *A Theology of the New Testament*, p. 107; N. B. Stonehouse. *The Witness of Luke to Christ*, pp. 70-76; N. Geldenhuys, *Luke*. p. 170.

9. Véase Taylor. *The Life and Ministry of Jesús*, p. 89.

10. Entre los críticos radicales los hay que han sostenido el punto de vista de que Jesús no tenía intención de crear una Iglesia, sino instaurar el Reino tan sólo. Alfred Loisy, en su libro *The Gospel and the Church*. expuso esta hipótesis modernista en 1908: Jesús se habría equivocado: propuso el Reino de Dios. pero fue la Iglesia lo que surgió. (Aunque parezca sorprendente, un punto de vista muy similar (pero motivado por razones muy distintas) es el del dispensacionalismo: Jesús ofreció a Israel el milenio terrenal en cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento tocantes al Reino de Dios (el Reino eterno prometido a David), pero al ver que los judíos lo rechazaban, introdujo un nuevo propósito, rehizo sus planes y así se decidió por formar su Iglesia. En este punto de vista no hay continuidad entre Israel y la Iglesia, entre las promesas del Reino y los discípulos de Jesús (así. por ejemplo, en las obras de J. F. Walvoord, J. D. Pentecost y L. S. Chafer). Parece como si —según este esquema— los propósitos de Dios no fuesen inmutables, y como si tampoco Jesús fuese el mismo «ayer. hoy y por los siglos».

11. o. c., p. 200.

12. Hay quienes interpretan Romanos 11:26 como si implicase la conversión de todos y cada uno de los israelitas cuando el Señor venga; pero el griego original no favorece esta opinión, porque no dice hólōs = entero, sino pas = todo, es decir, toda clase de Israel (gentiles y judíos), como lo confirma la partícula de enlace: úlos = así. No dice «entonces» o «después», sino que enlaza con el pléroma o plenitud de los gentiles, los cuales, como es obvio, no todos se habrán salvado, pero unos y otros habrán sido puestos en estado global de reconciliación

(comp. Hom- 11:26-32 con 2.<sup>a</sup> Cor. 5:19. 1<sup>a</sup> Tim. 2:4-6: 1.<sup>a</sup> Jn. 2:2).

13. En The Rapture Question. p. 148.

14. O. c., p. 148.

15. En The Imminent Appearing of Christ, pp. 124-125.

16. En The Incredible Cover- Up, p.114